Ernestina Ruiz Martinez

A loving wife, mother, aunt, friend …



Ernestina (lovingly known as Titina, by her close family/friends) was a woman who loved God with every fiber of her being. For her, faith wasn't reserved just for Sundays in a crowded church pew. It was a living, breathing shield she wrapped around her family every single day. She loved to bring the family together to pray the rosary.

She was not only a great mother, but a truly great wife. Her love was deeply visionary; she was constantly looking out for her husband and her children, anchoring them so they would be able to survive and find security no matter what the future held. She loved to cook, always trying new recipes and adding her own little flare to them.

One of her greatest passions was photography. She loved taking pictures of her family, capturing her children's milestones, and freezing moments in time to preserve them as memories.

Then, at just 36 years old, the storm arrived in the form of an aggressive pancreatic cancer diagnosis.
Throughout the grueling battle, Ernestina held onto an unshakeable faith. She fiercely believed that she would be healed through prayer. Daily, she cried out to God, hoping with all her heart that she would get better and that He would grant her a medical miracle. But the physical reality of the disease was relentless.

When the doctors finally delivered the devastating news that there was nothing more they could do, Ernestina faced the reality with a saint-like grace. She did not grow angry; instead, she selflessly transformed her prayers. She stopped asking for her own healing and began praying entirely for her family. She begged God to look after her husband and her children after her passing. She prayed that they would survive happily, that they would remain a tightly knit, loving family without her, and that God would guide her children to grow up to be good, honorable people.



She fought with everything she had to stay strong until the birth of her 6th child. She refused any kind of treatment that could harm her baby, so she valiantly endured. Then, surrounded by the husband who had sacrificed everything for her and her 6 beloved children, she passed away, with the sound of their prayers lingering in the room.

The spiritual foundation she built could not be broken despite the grief and family troubles with close relatives that deeply affected us.

The legacy of her immense love survived. Every time her children get together today, the room fills with stories of their mother. They laugh and cry remembering how loving she was, and how she joyfully baked with them.

She was a true warrior. Her testimony encouraged and influenced her nephew Moises to also fight cancer with the support of loved ones.

Ernestina Ruiz Martinez

Una esposa, madre, tía, amiga amorosa …



Ernestina (a quien sus familiares y amigos cercanos le llamaban cariñosamente « Titina ») era una mujer que amaba a Dios con cada fibra de su ser. Para ella, la fe no se limitaba a los domingos en la iglesia. Su fe era un escudo vivo con el que envolvía a su familia todos los días. Juntaría a la familia para rezar el rosario y concentrase a la oración.

No solo fue una gran madre, sino también una esposa y mujer verdaderamente maravillosa. Su amor era profundamente visionario; siempre velaba por su esposo y sus hijos, dándoles apoyo para que pudieran sobrevivir y sentirse seguros sin importar lo que les deparara el futuro. Le encantaba cocinar, siempre probando nuevas recetas y añadiéndoles su propio toque personal.

Una de sus mayores pasiones era la fotografía. Le encantaba tomar fotos de su familia, capturar los momentos importantes de la vida de sus hijos para conservarlos como recuerdos.

Luego, con apenas 36 años, llegó la tormenta en forma de un diagnóstico de cáncer de páncreas agresivo.

A lo largo de esa agotadora batalla, Ernestina se aferró a una fe inquebrantable. Creía firmemente que se sanaría a través de la oración. Todos los días clamaba a Dios, esperando con todo su corazón que se recuperara y que Él le concediera un milagro médico. Pero la realidad de la enfermedad grave era implacable.

Cuando los médicos finalmente le dieron la devastadora noticia de que ya no podían ayudarla, Ernestina afrontó la realidad con una entereza digna de una santa. No se enojó; por el contrario, transformó sus oraciones de manera desinteresada. Dejó de pedir su propia sanación y comenzó a orar totalmente por su familia. Le rogó a Dios que cuidara de su esposo y de sus hijos después de su muerte. Rezó para que vivieran felices, para que siguieran siendo una familia unida y llena de amor sin ella, y para que Dios guiara a sus hijos para que crecieran y se convirtieran en personas buenas y honradas.



Luchó con todas sus fuerzas para mantenerse fuerte hasta el nacimiento de su sexto hijo. Se negó a recibir cualquier tipo de tratamiento que pudiera dañar a su bebé, por lo que aguantó valientemente. Luego, rodeada por su esposo, quien había sacrificado todo por ella, y sus seis queridos hijos, falleció, con el sonido de sus oraciones resonando en la habitación.

Los cimientos espirituales que ella construyó no pudieron ser destruidos, a pesar del dolor y los problemas familiares con parientes cercanos que nos afectaron profundamente.

El legado de su inmenso amor perduró. Cada vez que sus hijos se reúnen hoy en día, la habitación se llena de historias sobre su madre. Se ríen y lloran al recordar lo cariñosa que era y cómo disfrutaba cocinando con ellos.

Era una verdadera guerrera. Su testimonio animó e inspiró a su sobrino Moisés a luchar también contra el cáncer con el apoyo de sus seres queridos.